

ción. Sólo entonces nace la responsabilidad. Respecto de los animales se evitan los tratamientos bárbaros; un hombre se rebela cuando ve á alguien mostrarse inexorable para con su vaca, en conformidad absoluta con la moral de la sociedad primitiva, que ve la utilidad *general* en peligro desde el momento en que un individuo comete una falta. El que en la sociedad se da cuenta de un delito, teme para él el daño indirecto; y tememos por la cualidad de la vianda, la cultura de la tierra, los medios de comunicación, cuando vemos maltratar á los animales. Además, el que es brutal para con los animales despierta la sospecha de que es igualmente brutal para con los débiles, los hombres inferiores é incapaces de venganza; parece carecer de nobleza y de arrogancia delicada. Así se forma un comienzo de juicio y de sentido moral: la superstición agrega la mejor parte. Algunos animales incitan al hombre con miradas, sonidos y actitudes á verse transportada su imaginación al cuerpo de éstos, y algunas religiones enseñan á ver algunas veces en el animal la residencia de las almas de los hombres y de los dioses: por eso recomiendan nobles precauciones y hasta un temor respetuoso con respecto á los animales. Aun cuando esta superstición hubiera desaparecido, los sentimientos suscitados por ella continúan produciendo sus efectos, maduran y dan sus frutos. Sabido es que desde este punto de vista el cristianismo ha demostrado que era una religión pobre y retrógrada.

58.—*Nuevos actores.*

No hay mayor vulgaridad entre los hombres que la muerte; en el segundo lugar está el nacimiento, porque sin nacer no se puede morir; y después el matri-

monio. Pero todas esas mezquinas tragicomedias que se representan, en cada una de sus representaciones, infinitamente numerosas, son siempre interpretadas por nuevos actores, y no cesan, por consiguiente, de tener espectadores desinteresados; sin embargo, debería creerse que todos los espectadores de este valle terrestre habían concebido ya tal tedio que se hubieran colgado de todos los árboles. ¡La pieza no vale nada: lo que importa son los nuevos actores!

59.—*¿Qué es «ser obstinado»?*

El camino más corto no es el más recto sino aquel en el cual el viento más favorable inflama nuestra vela; eso es lo que enseñan las reglas de la navegación. No obedecerlas es ser obstinado; la firmeza de carácter está aquí desnaturalizada por la estupidez.

60.—*La palabra «vanidad».*

Es doloroso que ciertas palabras, de las cuales nosotros los moralistas no podemos prescindir en absoluto, llevan ya en sí una especie de censura de las costumbres, datando de la época en que los impulsos más sencillos y más naturales del hombre han sido desnaturalizados. Así, la convicción fundamental de que sobre las olas de la sociedad navegamos ó naufragamos más por lo que parecemos que por lo que somos (convicción que debe servirnos de gobernalle para todo lo que emprendamos en la sociedad) se designa y estigmatiza con el nombre de «vanidad»; una de las cosas más graves y más lógicas designada por una expresión que la hace aparecer como lo más vacío y grande que hay; algo grande á lo cual se adjudican los rasgos de una caricatura. Pero eso no sirve de

nada, nos vemos obligados á emplear tales términos, cerrando nuestros oídos á las insinuaciones de las antiguas costumbres.

61.—*Fatalismo turco.*

El fatalismo turco tiene el defecto fundamental de que pone frente á frente al hombre y á la fatalidad como dos cosas absolutamente distintas: el hombre, dicen, puede resistir á la fatalidad y tratar de reducirla á la nada, pero ella acaba siempre por lograr la victoria; por eso, lo más lógico es resignarse ó vivir á capricho. En realidad, cada hombre es una partícula de la fatalidad: si cree oponerse á la fatalidad de la manera indicada, es que también en eso domina la fatalidad; la lucha es puramente imaginaria, pero imaginaria es también esta resignación al destino; de suerte que todas esas quimeras se reducen á la fatalidad. El temor que sienten la mayoría de las personas ante la doctrina de la voluntad esclavizada es, al fin y al cabo, la doctrina del fatalismo turco; creen que el hombre se hará débil y resignado, que se cruzará de brazos ante el porvenir, porque no está en condiciones de cambiar nada: ó bien que aflojará las riendas á su humor caprichoso, porque éste no podrá agravar lo que está determinado de antemano. Las locuras del hombre forman parte de la fatalidad, lo mismo que sus actos de gran prudencia: este miedo á la creencia en la fatalidad, es también fatalidad. Tú mismo, pobre ser tímido, eres la criatura invencible que domina á los dioses; para todo lo que es porvenir eres la bendición ó la maldición, y, en todos los casos, eres el obstáculo que detiene aun al hombre más resuelto; en ti está determinado de antemano todo e

porvenir del mundo; no sirve de nada sentirse sobrecogido de temor ante ti mismo.

62.—*Abogado del diablo.*

«No se llega á sabio, sino por medio de la desgracia; no se llega á bueno, sino por medio de la desgracia de los demás»: así habla esta extraña filosofía que hace derivar toda moralidad de la compasión y toda intelectualidad del aislamiento de los hombres; por eso intercede inconscientemente á favor de todas las degradaciones terrestres. Porque la piedad necesita del sufrimiento, y el aislamiento del desprecio de los demás.

63.—*Los disfraces de carácter morales.*

En las épocas en que los disfraces de carácter peculiares de las distintas clases pasan por definitivamente establecidos, del mismo modo que las clases mismas, los moralistas se sentirán inducidos á considerar también como absolutos los disfraces de carácter morales, y á descubrirlos en consecuencia. Así, Molière es inteligible como contemporáneo de la sociedad de Luis XIV; en nuestra época de transiciones y de estados intermedios, parecería un pedante genial.

64.—*La virtud más noble.*

En la primera fase de la humanidad superior, se considera como la virtud más noble la bravura; en la segunda, la justicia; en la tercera, la moderación; en la cuarta, la sabiduría. ¿En qué fase vivimos nosotros? ¿En qué fase vives tú?

65.—*Lo primero que es necesario.*

Un hombre que no quiere dominar su cólera, sus accesos de odio y de venganza, su lujuria, y que, á pesar de eso, aspira á dominar cualquier otra cosa, es tan estúpido como el labrador que cultiva su terreno á orillas de un torrente sin defenderse contra éste.

66.—*¿Qué es la verdad?*

*Schwarzert (Melanchton)*: Proclámase muchas veces la fe cuando se acaba precisamente de perderla, y se la busca por las calles: ¡y entonces es cuando mejor se proclama! *Lutero*: Tú dices hoy verdad, hermano, y hablas como si fueses un ángel. *Schwarzert*: Pero esa es la opinión de tus enemigos y la aplican á ti. *Lutero*: ¡Entonces es una mentira inventada por el diablo!

67.—*Costumbre de los contrastes.*

La observación superficial é inexacta ve contrastes en la naturaleza (por ejemplo, entre «calor» y «frío») donde no hay contrastes, sino solamente diferencias de grados. Esta mala costumbre nos ha inducido á querer comprender también y separar con arreglo á esos contrastes la naturaleza interior, el mundo moral é intelectual. El sentimiento humano se ha gravado de infinidad de dolores, de usurpaciones, de durezas, de alienaciones, de resfriamientos por el hecho de que se creían ver contrastes donde no hay más que transiciones.

68.—*Si se puede perdonar.*

¿Cómo se les ha de perdonar si no saben lo que hacen? Entonces no hay nada de qué perdonar. Pero

¿un hombre sabe alguna vez *perfectamente* lo que hace? Y si su acción es al menos *problemática* siempre, los hombres no tendrían nunca nada de qué perdonarse, y dar la absolución llegaría á ser para el hombre razonable una cosa imposible. En resumidas cuentas, si los criminales supiesen verdaderamente lo que han hecho, no tendríamos tampoco el derecho de *perdonar*, á menos que tuviésemos el derecho de acusar y de castigar. Pero ese derecho no le tenemos.

69.—*Vergüenza habitual.*

¿Por qué sentimos vergüenza cuando se nos atribuye un favor y una distinción que, según la expresión vulgar, «no hemos merecido»? Parécenos entonces que se nos hace penetrar en un dominio donde no nos encontramos en nuestro puesto, de donde debiéramos ser excluidos, en cierto modo, en un lugar santo ó santísimo que nuestro paso no debiera hollar. Por un error de otros hemos penetrado allí á pesar nuestro, y ahora estamos subyugados, ya por el temor, ya por la veneración, y no sabemos si debemos huir ó disfrutar del momento bendito y de la ventaja que se nos concede. En toda vergüenza hay un misterio que profanamos ó que parece estar en peligro de que lo profanemos; toda *concesión* es una vergüenza. Mas si se considera que, de un modo general, nunca hemos «merecido» nada, en el caso que uno se abandonase á esta idea en el círculo de las concepciones *cristianas*, el sentimiento de vergüenza se haría *habitual*; porque entonces Dios parecería bendecir *sin cesar* y ejercitar su gracia. Pero, hecha abstracción de esta interpretación cristiana, este estado de *vergüenza habitual* sería posible también para el sabio totalmente impío,

que sostiene la absoluta irresponsabilidad y la ausencia de mérito en toda acción y en toda organización; si se le trata como si hubiese merecido tal ó cual cosa, parece introducirse en un orden superior de seres que de un modo general *merecen* algo, que son libres y verdaderamente capaces de soportar la responsabilidad de su poder y de su querer. El que dice á ese sabio: «lo has merecido», parece apostrofarle así: «no eres un hombre, sino un Dios».

70.—*El educador más inhábil.*

Todas las virtudes verdaderas están plantadas en uno, en el terreno de su espíritu de contradicción; en otro, están plantadas en su incapacidad de decir *no* y, por consiguiente, en su espíritu de aprobación; un tercero ha hecho florecer toda su moralidad en su altivez solitaria; alguno funda la suya en su instinto violento de sociabilidad. Admitiendo, desde luego, que por medio de educadores inhábiles y por medio de azares nefastos, no se hayan sembrado los granos de la virtud en todos cuatro en el suelo de su naturaleza, ese suelo que es en ellos el más rico y fecundo, se convertirían en hombres sin moralidad, débiles y desagradables. ¿Y cuál hubiera sido precisamente el más inhábil de todos los educadores y la desgracia de esos cuatro hombres? El fanático moral que cree que el bien sólo puede salir del bien y sólo puede brotar en el bien.

71.—*La escritura de la previsión.*

A. Si *todos* supiesen eso, se perjudicaría á la *mayor parte* de ellos. Tú mismo llamas á esas opiniones peligrosas para el que está en peligro, y, sin embargo,

participas de ellas públicamente.—B. Yo escribo de manera que ni el populacho, ni los *populi*, ni los partidos de todas clases sientan ganas de leerme. Por consiguiente, esas opiniones nunca serán públicas.—A. Pero entonces ¿cómo escribes?—B. Ni de un modo útil ni de un modo agradable para los tres individuos antes señalados.

72.—*Misioneros divinos.*

Sócrates se consideraba también como un misionero divino; pero no sé que veleidad de ironía ática y de complacencia en la chocarrería se deja sentir en él; veleidad por la cual se atenúa ese término fatal y pretencioso. Habla sin unción; sus imágenes del freno y del caballo son sencillas, y no tienen nada de sacerdotales, y la verdadera tarea religiosa tal como se la ha propuesto (poner al dios á prueba de muchas maneras distintas para saber si ha dicho la verdad), permite deducir que el misionero toma una actitud benévola y libre para ponerse al lado de su dios. Esta manera de poner al dios á prueba es uno de los más sutiles compromisos que se pueden imaginar entre la piedad y la libertad de espíritu. Ahora no tenemos necesidad de ese compromiso.

73.—*Lealtad en la pintura.*

Rafael, que estaba muy adherido á la Iglesia (por poco que ésta pudiese pagar), y muy poco, como los mejores de su época, á los objetos de la fe cristiana; Rafael no ha dado un paso por seguir la piedad exigente y extática de algunos de sus clientes; ha conservado su lealtad aun en ese cuadro excepcional que primitivamente fué destinado á un estandarte de pro-

cesión; la Madona de la capilla Sixtina. Vinole á las mientes pintar una visión; pero una visión tal como pueden tenerla *también* jóvenes sin fe, y como seguramente la tendrán; la visión de la esposa del porvenir, de una mujer inteligente, de alma noble, silenciosa y muy bella, que lleva en brazos á su recién nacido. Los ancianos, que están habituados á las preces y á las adoraciones, semejantes al digno viejo de la izquierda, veneran aquí algo sobrehumano; nosotros los jóvenes (así parece decirnoslo Rafael), queremos contemplar á la linda muchacha de la derecha, que, con su mirada provocativa y nada devota, se dirige á los espectadores del cuadro como para insinuarles: «¿No es eso? Esta madre y su hijo ¿no son un espectáculo lleno de gracia y de incitación?» Ese rostro y esa mirada lanzan un reflejo de alegría sobre la figura de los que las contemplan; es un modo de disfrutar de sí mismo para el artista que ha inventado todo eso, y agrega su propia alegría á la alegría de los que gozan de su arte. En cuanto á la expresión «mesiánica» en la cabeza de un niño, Rafael, el hombre leal que no quería pintar los estados de alma en cuya existencia no creía, supo satisfacer de una manera amable á sus admiradores creyentes; pintó ese juego de la naturaleza que no es raro, el ojo del hombre sobre la cabeza del niño, ese ojo del hombre bravo y seguro que se da cuenta de una miseria. Para esos ojos necesitase una barba; la ausencia de ésta y la reunión de dos épocas distintas que se expresan en un mismo semblante; esa es la paradoja agradable que los creyentes han interpretado en el sentido de la creencia en el milagro; pero el artista esperaba eso de su arte de interpretación y de sustitución.

74.—*La oración.*

Sólo en dos circunstancias puede tener sentido la oración, esa costumbre de tiempos remotos que todavía no está completamente extinguida; sería preciso primero que fuese posible determinar ó cambiar el sentimiento de la divinidad, y después que el que ora sepa bien lo que le falta, lo que para él sería verdaderamente apetecible. Esas dos condiciones, aceptadas y transmitidas por todas las demás religiones, han sido negadas precisamente por el cristianismo; sí, á pesar de eso, el cristianismo ha conservado la oración, paralelamente á la fe en una razón omnisciente y previsora de Dios, por la cual, en resumidas cuentas, la oración pierde su alcance y hasta se hace blasfematoria, demuestra con eso una vez más el admirable ardid de serpiente de que disponía. Porque un mandamiento claro: «no rezarás» hubiera conducido á los cristianos á la impiedad por medio del fastidio. En el axioma cristiano: «*ora et labora*», el *ora* reemplaza al *placer*; ¡y qué hubiera sido sin el *ora* de esos desgraciados que rehusaban el *labora*, los santos! Pero conversar con Dios, pedirle mil cosas agradables, entretenerse un poco notando que aún se pueden sentir deseos, á pesar de tener un padre tan perfecto, era para los santos una excelente invención.

75.—*Una santa mentira.*

La mentira que tuvo en los labios Arrio moribundo (*Poete, non dolet*), oscurece todas las verdades que han dicho los moribundos. Es la única santa mentira que se ha hecho célebre; mientras, por otra parte, el olor de santidad se asimilaba á *errores*.

76.—*El apóstol más necesario.*

Entre doce apóstoles, siempre debe haber uno que sea duro como la piedra, para que sobre él pueda edificarse la nueva iglesia.

77.—*¿Qué es lo más perecedero: el espíritu ó el cuerpo?*

En las cosas jurídicas, morales y religiosas, lo más exterior, lo más concreto; por consiguiente, el uso, la actitud, la ceremonia, es lo que tiene más duración; es el *cuerpo* al cual se añade siempre un *alma* nueva. El culto, como un texto de términos fijos, se interpreta sin cesar de una manera nueva; las ideas y los sentimientos son lo durable; las costumbres son lo duro.

78.—*La fe en la enfermedad es una enfermedad.*

El cristianismo ha sido el primero en pintar el diablo sobre el edificio del mundo; el cristianismo ha sido el primero en introducir el pecado en el mundo. La fe en los remedios que ofrecía se ha derrumbado poco á poco, hasta extirparse sus raíces más profundas; pero siempre persiste *la fe en la enfermedad* que ha enseñado y difundido.

79.—*Palabra y estilo de los hombres religiosos.*

Si el estilo y la expresión general del sacerdote, del que habla como del que escribe, no anuncian ya al hombre *religioso*, es inútil tomar en serio las opiniones de éste sobre la religión y á favor de la religión. Estas opiniones no *tienen fuerza* para el que las profesa si, como su estilo deja adivinar, posee la ironía, la pretensión, la perversidad, la maldad, el odio y todas las tergiversaciones en el estado de espíritu, que son

propias de los hombres menos religiosos; ¡cuánta menos fuerza tendrán para el que las oiga ó las lea! En una palabra, servirá para hacer á sus oyentes menos religiosos.

80.—*Peligro en la persona.*

Cuanto más se considera á Dios como una persona aislada, menos fiel se le ha sido. Los hombres se asocian más á las imágenes de su pensamiento, que lo que tienen de más querido entre sus seres amados; por eso se sacrifican por el Estado, por la Iglesia y también por Dios, en cuanto que éste se considera como *su producto, su pensamiento*, y no se le examina de una manera demasiado personal. En ese último caso disputan casi siempre con él: el más piadoso de ellos ha dejado escapar esta frase amarga: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

81.—*La justicia terrestre.*

Es posible sacar de quicio á la justicia terrestre con la doctrina de la irresponsabilidad absoluta y de la inocencia de cada uno; y se ha hecho ya una tentativa en ese sentido, precisamente en virtud de la doctrina contraria, la de la completa responsabilidad y de la culpabilidad de cada uno. El fundador del cristianismo fué quien quiso suprimir la justicia terrestre y extirpar del mundo el juicio y el castigo. Porque interpretaba toda culpabilidad como un «pecado», es decir, como una culpa hacia Dios, y no como una culpa hacia el mundo; por otra parte, consideraba cada uno en la medida mayor y casi bajo todos los respectos como un pecador. Los culpables, sin embargo, no deben ser jueces de sus semejantes: así decidía su espiri-

tu de equidad. Todos los jueces de la justicia terrestre eran, pues, á su juicio, tan culpables como los que condenaban, y su aspecto de inocencia le parecía hipócrita y fariseo. Además, se atenía á los motivos de las acciones, y no al resultado, y para juzgar esos motivos había alguien que poseía la perspicacia necesaria: era él mismo, ó sea Dios.

82.—*Una afectación al despedirse.*

El que quiere separarse de un partido ó de una religión se imagina que le es necesario refutarla. Pero esa es una pretensión orgullosa. Sólo es necesario que conozca con exactitud los vínculos que hasta ahora le retenían en este partido ó en esta religión, vínculos que ahora no existen; intenciones que le guiaban por este camino, y que ahora le guían por otro lado. No nos hemos apartado de tal partido ó de tal religión por *severas razones científicas*; no deberíamos, al despedirnos, *afectar* esta actitud.

83.—*Salvador y médico.*

El fundador del cristianismo, como concedor del alma humana, no estaba indudablemente al abrigo de los mayores defectos y de los mayores prejuicios, y, como médico del alma, se había dedicado á una ciencia desacreditada y grosera, la de la medicina universal. Con su método hace pensar á veces en un dentista que quiere curar todos los dolores arrancando la muela; eso ocurre, por ejemplo, cuando lucha contra la sensualidad con este consejo: «Si tu ojo te escandaliza, arráncale.» Pero hay, no obstante, una diferencia: el dentista consigue al menos su objeto, suprimir el dolor de su enfermo, aunque sea de un modo tan

grosero que se hace ridículo; mientras el cristiano que obedece á semejantes consejos y que cree haber matado su sensualidad, se engaña, porque ésta continúa viviendo de una manera misteriosa y vampírica y le atormenta bajo disfraces repugnantes.

84.—*Los presos.*

Una mañana los presos salieron al patio del trabajo; el carcelero estaba ausente. Unos se pusieron inmediatamente al trabajo, como tenían por costumbre; otros quedaban desocupados y lanzaban á su alrededor miradas de desafío. Entonces uno de ellos salió de las filas, y dijo en alta voz: «Trabajad cuanto queráis ó no hagáis nada; es del todo indiferente. Vuestras secretas maquinaciones se han descubierto; el guardia de la cárcel os ha sorprendido, y va dentro de poco á fulminar sobre vuestras cabezas un juicio terrible. Bien lo conocéis; es duro y rencoroso. Pero escuchad lo que voy á decir: me habéis desconocido hasta ahora; no soy lo que parecía ser. Además, soy el hijo del guardia de la cárcel, y consigo de él todo lo que quiero. Puedo salvaros; quiero salvaros. Pero, entendedlo bien: no salvaré sino á aquellos de vosotros que *crean* que soy el hijo del guardia de la cárcel. Que los otros recojan los frutos de su incredulidad.» «Pues bien, dijo después de un momento de silencio uno de los más ancianos entre los presos: ¿qué importancia tiene para ti el que tengamos ó no tengamos fe en ti. Si eres verdaderamente su hijo, y si puedes hacer lo que dices, intercede en favor nuestro con una palabra bondadosa, y harás una buena obra. Pero deja esos discursos meditados de fe y de incredulidad.» «No creo nada de él, interrumpió uno de los jóvenes. Se ha forrado de ideas

la cabeza. Apuesto á que dentro de ocho días estaremos aquí todavía lo mismo que hoy, y á que el guardia de la cárcel no sabe nada.» «Y si es verdad que ha sabido algo, no sabe nada ahora, exclamó el último de los presos que acababa de bajar al patio; porque el guardia de la cárcel acaba de morir de repente.» «¡Hola!, exclamaron muchos presos al mismo tiempo; ¡hola! ¡Señor hijo, señor hijo! ¿Dónde está la herencia? ¿Somos acaso ahora prisioneros tuyos?» «Ya os lo he dicho, respondió con dulzura aquel á quien apostrofaban; dejaré libres á todos los que tienen fe en mí; lo afirmo con tanta certeza como afirmo que mi padre todavía está vivo.» Los presos no se rieron, pero se encogieron de hombros, y lo dejaron allí.

85.—*El perseguidor de Dios.*

San Pablo ha formulado la idea y Calvino la ha desarrollado: desde toda la eternidad, la condenación se adjudica á un número incalculable de hombres, y ese maravilloso plan universal ha sido elaborado así para que la gloria de Dios pueda manifestarse en él: el cielo, el infierno y la humanidad debieran, pues, existir ¡para satisfacer la vanidad de Dios! ¡Qué vanidad cruel é insaciable ha debido inflamar el alma de aquel que fué el primero ó el segundo en imaginar eso! Pablo ha seguido siendo, á pesar de todo, Saulo: *el perseguidor de Dios.*

86.—*Sócrates.*

Si todo va bien, llegará una época en que para progresar en el camino de la moral y de la razón, mejor que la Biblia se tomará entre manos los *Dichos memorables de Sócrates*, y se considerará á Montaigne

y á Horacio como iniciadores y guías para la inteligencia de este sabio mediador, el más sencillo y el más imperecedero de todos: Sócrates. En él convergen los senderos de las distintas reglas filosóficas, que son, en resumen, las reglas de los distintos temperamentos, establecidas por la razón y la costumbre, teniendo todas la cúspide inclinada hacia la alegría de vivir y la alegría que se siente en su propio *yo*: de donde se pudiera deducir que lo que Sócrates tuvo de más particular fué su participación en todos los temperamentos. Sócrates es superior al fundador del cristianismo por su alegre manera de ser serio y por esta *sabiduría llena de jovialidad*, que es el mejor estado de alma del hombre. Además, su razón era superior.

87.—*Aprender á escribir bien.*

Ha pasado la época de hablar bien, porque ya no existe la época de la civilización de las ciudades. El último límite que Aristóteles trazaba á una gran ciudad (el pregonero debía hacerse oír ante todos los ciudadanos congregados), ese límite nos es indiferente, del mismo modo que las comunidades urbanas, porque queremos hacernos inteligibles más allá de los pueblos. Por eso cada uno de los que tienen buenas ideas europeas debe aprender *á escribir bien y cada vez mejor*: no sirve de nada que haya nacido en Alemania; en Alemania, donde se considera como un privilegio nacional escribir mal. Pero escribir mejor significa, al mismo tiempo, pensar mejor; descubrir cosas que son cada vez más dignas de comunicarse y saber verdaderamente comunicarlas; ser traducible al idioma de los vecinos, hacerse accesible á la comprensión de los extranjeros que aprenden nuestro idio-

ma; obrar de suerte que todo lo que es bueno se haga universal, y que todo se haga libre para los hombres libres; *preparar*, por último, ese estado de cosas todavía lejano en que los buenos europeos pondrán mano á su grandiosa tarea: la dirección y la vigilancia de la civilización universal sobre la tierra. El que predica lo contrario y no se preocupa de escribir bien y de leer bien (esas dos virtudes aumentan y disminuyen al mismo tiempo): éste indica, en efecto, á los pueblos el camino que deben seguir para hacerse cada vez más *nacionales*: agrava la enfermedad de este siglo y se opone á los buenos europeos, á los espíritus libres.

88.—*La escuela del mejor estilo.*

La escuela del mejor estilo puede ser, *por una parte*, la escuela que enseña á encontrar la expresión por medio de la cual se pueden trasladar todos los estados de alma á los lectores y á los oyentes; después la escuela que enseña á descubrir el estado de alma que más *se desea* en el hombre, cuya transmisión se quisiera, por lo tanto, llevar á cabo: es decir, el estado de alma en que el hombre se encuentra profundamente conmovido: el hombre de espíritu alegre, lúcido y recto, que ha dominado las pasiones. Esa será la escuela del mejor estilo: éste corresponde al hombre de bien.

89.—*¡Cuidado con el giro!*

El giro de las frases indica si el autor está fatigado; cada expresión puede ser separadamente enérgica y buena, porque se encontró en otro tiempo: cuando la idea nació en el autor. Así ocurre á menudo con Goethe, que dictó muchas veces cuando estaba cansado.

90.—*Ya y todavía.*

A. La prosa alemana es todavía muy joven: Goethe cree que Wieland fué su padre.—B. ¡Tan joven y ya tan fea!—C. Pero, si no me engaño, el obispo Ulfilas escribió ya en prosa alemana; tiene, pues, cerca de quinientos años.—B. ¡Tan vieja y todavía tan fea!

91.—*Alemán original.*

La prosa alemana, puesto que no se ha formado con arreglo á un modelo, puede considerarse como una producción original del gusto alemán, y podría servir de indicación á los celosos promotores de una cultura original alemana en lo porvenir, para enseñarles, por ejemplo, qué aspecto tendría, sin imitación de modelos, un verdadero traje alemán, una sociedad alemana, una instalación de mobiliario alemán, un banquete alemán. Alguien que había reflexionado durante mucho tiempo en esas perspectivas, acabó por exclamar lleno de terror: «¡No! ¡En nombre de Dios! ¡Tal vez poseamos ya esta cultura original; no se reduzca sólo á hablar de ella!»

92.—*Libros prohibidos.*

No leer nunca nada de lo que escriben esos arrogantes polímatas y espíritus chismosos que poseen el más horrible defecto, el de la paradoja lógica: emplean las formas *lógicas*, precisamente cuando todo está impertinentemente improvisado y cimentado en la nada. «Luego» quiere decir en ellos: «lector imbécil, para ti no hay *luego*, sino sólo para mí»; á lo cual debiera responderse: «imbécil de escritor, ¿por qué escribes?»